

RELATOS URBANOS

Un libro llamado deseo

José A. López Vizcaíno

Presidente de la Asociación Provincial de Libreros de Alicante
(Coord.)

Prólogo de Sonia González

**Con la participación de 84 autores noveles y
la colaboración de los autores:**

Miguel Gracia Santuy, Ricardo Rivera Llácer, M^a Cristina Salas,
Juan Carlos Padilla Estrada, Luis Beresaluze Galbis,
Harmonie Botella Chavez, Manuel V. Segarra Berenguer,
Antonio Colomina Riquelme, Sonia González López,
Mariano Sánchez Soler, Miguel Ángel Pérez Oca,
Joaquín Gaitano Palacios, Pedro Llorente Sánchez,
Antonio Sempere, Joaquín López Compañ,
Manuel Avilés Gómez, Raimundo Montero, Jesús Cuéllar

Título: Relatos urbanos. Un libro llamado deseo

Ilustraciones: Equipo Editorial ECU y Escuela de Arte Superior de Diseño de Alicante

Coordinador: José A. López Vizcaíno, presidente de la Asociación Provincial de Libreros de Alicante

ISBN: 978-84-8454-669-6

Depósito legal: A-1171-2008

© Editorial Club Universitario, 2008

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33

C/ Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87

C/. Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright

Autores noveles premiados en esta edición

- 1^{er} premio: Eva M^a Pérez Agulló por
La despedida
- 2^{do} premio: M^a Dolores Lamata Marqués por
El secreto del lago
- 3^{er} premio: Juan Ruiz Gallego por
El humo
- Accésits: Manuela Maciá por
Suave soplo

Eva M^a Martínez Marcos por
Mi bandurria Mikaela

Ninno Rippi por
El delantal

Prólogo

Sonia González López

“La literatura me ha dado parte de los mejores momentos de mi vida... —que pueda contar sin escandalizar a nadie—, tantos momentos de pasión y sensaciones como las aprovechadas noches de mis mejores años de euforia amorosa.”

Con esta sentencia contundente inicié mi participación en la presentación de la primera edición de *Relatos Urbanos*, hace aproximadamente cuatro años, y provoqué en el público asistente al acto una sonora carcajada captando de inmediato su atención. No hay nada como algo de morbo y picardía para hacerse con el control de quien te escucha pero, bromas aparte, es cierto: He disfrutado de varios de los mejores momentos de mi vida bien fuese leyendo o bien haciendo uso de las palabras plasmando cuanto se me ocurriese en un papel.

Varios meses antes, el señor José Antonio López Vizcaíno, me comentaba un proyecto que quería llevar a buen término, el de publicar un libro de relatos tras hacer una selección con todos los que fuesen entregados por los asistentes a la Feria del Libro de Alicante junto con los de ciertos escritores que ya hubiesen tenido el privilegio de publicar. Le dije que la idea me parecía genial y —tras discutir ciertas implicaciones legales y la forma de solucionarlas— le aseguré que el intento merecía la pena y que tendría éxito si se hacía adecuadamente y contaba con el apoyo necesario y, dado que vamos por la cuarta edición, no me equivocaba.

No concibo que haya personas que puedan vivir sin leer y no sentirse incompletas. Soy de las que amontonan libros —que considero tesoros— y mi surtida biblioteca es uno de mis orgullos. Como docente —profesión vocacional que me ha dado tantas alegrías como disgustos—, en lo relativo al ámbito literario, he procurado inculcar a aquellos que se han sentado a escuchar cuanto yo podía aportarles mi pasión por las letras —por las que leo y por las que escribo—, y siempre que ha estado en mi mano he propiciado actividades para potenciar el uso y el abuso de

la lectura y la escritura entre aquellos que desconociesen sus beneficiosos efectos, por eso cualquier iniciativa que fomente este arte me parece poca y me siento afortunada por poder involucrarme, de una forma u otra. Y así se lo hice saber al que es mi editor y principal culpable de que hoy yo escriba el prólogo de la cuarta entrega de esos pequeños retazos de pensamiento que son los relatos cortos.

Podrán entenderme aquellos a los que un libro los ha dominado retrasando su sueño hasta altas horas de la madrugada, aquellos a los que leer una historia les ha aclarado las ideas deshaciendo los nudos de sus dudas, aquellos que leen hasta en los autobuses y aquellos a los que se les escapan las palabras de la mente conduciéndoles a ganar el reto del folio en blanco. Pocas cosas hay tan gratificantes como poner el punto final a una novela, artículo, relato o poema. Siempre he defendido que la creatividad no puede enseñarse, porque es algo que o se tiene o no se tiene, algo que puede pulirse y, desgraciadamente, no siempre compartir, por eso no dudo que los que publican en esta recopilación por primera vez están experimentando uno de los mejores momentos de su vida. Sólo un autor sincero, aquél que escribe desde el corazón y la necesidad de expresarse sin más pretensiones que el disfrute de hacerlo, me entenderá cuando aseguro que la satisfacción de terminar una novela, o un relato, es digna de la más opulenta celebración y no hará falta que intente explicarle la sensación de superioridad, de felicidad infinita —como cuando después de mucho desear se llena un vacío enorme calmando el ansia destructiva de la espera—, que le invade a uno tras escribir el último punto y aparte en una historia. El gozo del que escribe y concluye su historia tiene difícil descripción si no se ha experimentado, como la mayoría de las sensaciones que nos erizan la piel. Sólo hay algo tan gratificante, o más, como lo anteriormente detallado y es cuando un desconocido te felicita tras la lectura de tu obra. Cuando alguien te dice que se ha sentido identificado, que cuanto narraste en su día le ha ayudado o aportado, o simplemente, divertido. Entonces se alcanza un pleno y todo se convierte en doblemente valioso: por cuanto te aporta el escribir y por cuanto le das a quien te lee.

La historia de la literatura demuestra con incontables ejemplos que la posibilidad de escribir no se reduce a unos cuantos afortunados que han logrado recibir la formación

adecuada desde la infancia —lo que apoya mi tesis de que la capacidad creativa, el eterno impulso incontrolable de procedencia desconocida del escritor de querer contar plasmando sus palabras sobre un papel, narrar y compartir las sensaciones, las opiniones o las críticas, no puede enseñarse en un aula, pero sí perfeccionarse tras dar las herramientas necesarias a aquél que quiere hacerlo—. En eso consiste la genialidad. Conozco infinidad de casos en los que personas que ni siquiera han superado su etapa de enseñanza obligatoria son adultos devoradores de literatura y satisfechos lectores, y tal vez, con una mínima ayuda, también escritores, porque —no me cabe la menor duda al respecto—, hay muchos escritores que no publican porque no pueden, pero gracias a esta iniciativa a la que bautizamos año tras año *Relatos Urbanos*, hay muchas personas que cumplen el sueño de ver su nombre en un libro de la estantería de su casa. Por eso no podía ser más acertado el título que se da en esta ocasión al proyecto: *Un libro llamado Deseo*. Un libro formado por historias tan dispares como la vida, con situaciones de alegría, sufrimiento, tristeza, rabia, aburrimiento, injusticia, amor, duda, dolor y todo eso que llena —o vacía— nuestra existencia y que, sin duda, aportarán al lector —independientemente de las preferencias subjetivas— lo suficiente como para dar su tiempo por bien invertido mientras lee.

La necesidad de expresarse a través del código escrito y la posibilidad de que las reflexiones, invenciones, ideas, emociones o sentimientos sean leídos y compartidos por otros no se reduce, afortunadamente, a ciertos extractos. La escritura es algo más que una forma de comunicación, es —en múltiples ocasiones— una catarsis para el que escribe y una forma de vivir, y por tanto de aprender, para el que lee. Los beneficios que escribir y leer aportan están documentados y demostrados, por eso considero que cualquier iniciativa al respecto, cualquier idea que potencie y ayude a arrancar a aquellos que desean hacerlo y no saben cómo, a superar el recelo, a vencer la cobardía y a compartir sus frases, debe ser apoyada por los que dirigen y gestionan ciertos aspectos culturales de nuestra comunidad.

La educación es el pilar básico de la sociedad —aunque nuestros dirigentes tiendan a olvidarlo— y cualquier

iniciativa al respecto debería, no sólo ser respetada por aquellos que pueden ayudar a hacerla posible, sino también apoyada y valorada en su justa medida.

Escribir y leer a otros me ha ayudado a superar las peores etapas de mi vida —a entenderlas, asimilarlas y aceptarlas como parte de lo inevitable— y también a disfrutar de un modo pleno y consciente las mejores —para poder aprovecharlas y valorarlas como lo que son, momentos puntuales que no pueden pasar sin dejar surco en el alma, ésa que nos acompaña, posiblemente, hasta cuando ya el cuerpo nos ha abandonado.

La lectura es una puerta por la que entrar para formar parte de otras vidas —y madurar con ellas—, en ocasiones un disfrute sólo comparable con ciertas vivencias inolvidables porque leer es otra forma de adquirir experiencia, de sentir lo que tal vez de otro modo jamás estaría a nuestro alcance. He viajado a otras épocas, visitado diferentes y maravillosos lugares que jamás habría imaginado, reído, llorado, sentido enfermedades y su superación, experimentado el calor de las pasiones más tremendas e intensas, el sabor dulce y reconfortante de la venganza, el desgarró del desamor y el dolor de la muerte de quien más se quiere con sólo abrir un libro y dejarme seducir por cuanto guardaba entre sus páginas. Así que espero, y les deseo, una grata y provechosa lectura mientras disfrutan de uno de sus mejores momentos con esta cuarta entrega de relatos, recopilados por todos los que han participado en el proyecto con la ilusión de cada año y el mejor de los deseos.

Ya no tengo tiempo

Aldo y ayudantes

Esta es la historia de un hombre que conozco o creo conocer. Llegó de lejos no hace mucho tiempo.

Dice que a los nueve años lo abandonaron sus padres y que de inmediato tuvo que ponerse a trabajar para seguir viviendo. Dice que tuvo que pasar por todo tipo de avatares y, créase, los días y los años se le fueron haciendo lentos, largos y de pocas sonrisas.

Abandonó su pequeño pueblo y llegó a la gran ciudad en busca de progreso; como todo el mundo sabe, las grandes oportunidades se encuentran siempre lejos de casa; mejores trabajos, dinero en abundancia: futuro que le dicen.

Con dieciocho años decide formar y recuperar lo que perdió (UNA FAMILIA). Se enamora y a los veintiuno se casa y en ese instante comienza para él la gran aventura de ser alguien, con vida propia y con algo propio, formado por él mismo y por su compañera de ruta.

Hoy tiene tres hijos. Sintió tocar el cielo con las manos en cada alumbramiento de su amada esposa. Trabajaba muy duro, estudiaba para mejorar día a día; quiere ser un buen padre, un ejemplo para los muchachos, un ejemplo a seguir. Nadie sabe si será capaz de lograrlo. Yo creo, cuando le miró a los ojos, que lo está logrando.

Fueron pasando los años, y cuando los años pasan, vienen las pérdidas: los padres de su esposa, que para él eran suyos porque los quería como propios, y su trabajo. Y sin salario no hay modo de lograr los sueños, de hacerlos realidad, porque de donde él viene y de la clase social de la que él procede se vive de los sueños. Los sueños te dan fuerzas para seguir viviendo, y el jornal, dinero para lograrlo.

Toma la decisión de buscar en otro lugar un trabajo que le proporcione ese dinero. Lo consulta con su compañera de ruta, la madre de sus hermosos hijos y, por primera vez, decide separarse de lo que con tanto esfuerzo y amor logró formar: su familia.

Ahora está aquí, entre nosotros, en esta nuestra ciudad, en la madre patria que es como le enseñaron a llamarla en el colegio de pequeño.

Pero también aquí se encuentra con piedras en el camino. No es fácil la vida para el inmigrante: duras jornadas laborales, mucha soledad, nadie a quien contar ni sus penas ni sus alegrías, solo gastar dinero en teléfono para escuchar a los suyos sin poder darles un abrazo. Y, un día, sentado frente a una iglesia piensa: "Dios, si debo quedarme y seguir luchando, dame algo o alguien que me acompañe en este camino". No cree en Dios, cree en algo superior al hombre, pero ese día nombró a Dios, y su corazón le jugó una mala pasada; conoció a una hermosa mujer, pero esa es otra historia.

Y aquí está, luchando por los suyos, que están muy lejos, por el progreso y el bienestar de todos ellos, como él dice: "para ellos porque yo ya no tengo tiempo".

Quizás todos los días veamos en las calles de nuestra ciudad a hombres y mujeres con tristeza en los ojos y la piel más oscura, no por el sol. Es de sus raíces. Son los que buscan progreso y alimentan sueños, sueños pequeños, pero que ayudan a seguir viviendo.

Sueños y realidades en Madrid

M^a Isabel Alonso Fernández

1975. En la boda de una amiga, se conocen Carmen y Celia. Celia llega en una silla de ruedas dirigible. Su cuerpecito de menos de un metro. Una preciosa melena rubia, cara hermosa, bien maquillada, los ojos muy expresivos, y sonriente. Charlan a gusto. Va sola. El restaurante (junto al cine Metropolitano) tiene siete escalones. Vive con sus padres en Majadahonda, en un chalé. Se pasan los teléfonos.

1977. Celia se independiza, compra un apartamento en Orense y se coloca en la recepción del Ministerio de Vivienda. Participa en el grupo de minusválidos para conseguir accesos por las calles. Pone un anuncio en el periódico para conseguir un chico que sepa conducir y que la ayude a moverse.

1980. Quedan las dos amigas en Princesa para charlar. “El chófer se ha enamorado de mí y le he despedido, ¿qué voy hacer yo con él con este cuerpo?” dice Celia. Las manos las mueve con dificultad, escribe y conduce su silla únicamente. Ahora busca una mujer que sepa conducir, y así evitar enamoramientos.

1982. Va Carmen por la calle San Jerónimo y se acerca una silla de ruedas. Es Celia. Va al cine y comenta que espera que haya lugar para poder ver la película, que la arma, si no. Ha estado en Torremolinos, no le ha gustado y se marcha a la estación de ferrocarril para volver a casa. En el andén espera y pide que la suban al tren. Va sola y como si nada.

1985. Quedan para contarse sus impresiones. Carmen ha estado en Cuba y Celia piensa en ir con la mujer que tiene en casa; son amigas, muy amigas.

1990. Se encuentran de casualidad. Celia está entre un grupo, una concentración por la libertad del parapléjico gallego. Van a ir en autobús a verle. Invita a Carmen a que les acompañe. La encuentra desmejorada. Estuvo en Cuba y, la que se organizó. Se ha separado de la amiga. Han repartido los bienes que juntas han conseguido. Les concedieron un kiosco de periódicos, en el que entraba un

millón de pesetas diario y una tienda de deportes. Celia tiene éxito con sus negocios. De Cuba se trajeron a una mujer que ha resultado enamorarse de la amiga y hasta le compra las braguitas, dice. Así que se acabó.

1998. Carmen se ha ido a vivir a la Sierra de Madrid. Sentada, haciendo tiempo en un banco, delante del Cine Cristal, ve pasar a Celia. Sorpresa. Ha comprado un chalé en Moralzarzal. Tiene a un sudamericano que la atiende y la ayuda a moverse mejor. Dispone de un automóvil en el que puede subir con la silla dirigible y conducir. Se ha declarado pareja y es muy feliz. Como se les ha acabado el tiempo, se dirigen juntas a Cuatro Caminos y Celia le dice: "Te dejo pues yo me meto entre autobuses y llego antes".

2005. Unos amigos van a pasar la tarde a Moralzarzal, Carmen va con ellos. Allí, como los que les han invitado la conocen, recuerda que Celia tiene un chalé y, ella, en vez de jugar a las cartas, que le gusta, se va a verla.

Abre la puerta el sudamericano. Alto, moreno, guapo, joven, amable. Con muy buena pinta. Celia está en la piscina y pronto la recibirá. Espera en el jardín. Llega con muy buen aspecto, veraniego y feliz. Sí, ese es el amante. Se lo presenta. Charlan a solas.

Adopté a una niña rusa y me la han quitado. El hijo de mi compañero nos ha denunciado por abusar de ella. Nos quitaron el ordenador y esperamos el juicio. Es difícil demostrar que no es verdad. Estamos hechos polvo.

Carmen le telefonea para saber del juicio. El hijo declaró que lo de los abusos no era verdad, pero a la niña no la han recuperado.

2007. Otra amiga le comunica por teléfono que Celia está en el Hospital de Paraplégicos de Toledo. Ha tenido un accidente, en un hotel de Ibiza. Se ha caído por una escalera, está grave. Habla por teléfono con ella. Está mejor. Se separa de su compañero, deja la tienda de deportes y tiene pocas esperanzas. Los dolores son tremendos. Tiene pocas esperanzas. A su médico, hace veinte años, le extrañaba que llegase a tantos años.

Cincuenta y dos años

Manuela Andreu Redondo

Habían pasado treinta y tres años y estaba allí, mirándome con sus grandes ojos abiertos, como si el mundo, la vida, se hubieran detenido hacía treinta y tres años, y recordé, y entonces lo comprendí todo.

Yo tuve un padre, como todo el mundo, que viajaba mucho y al que apenas veía. Cuando por fin pude disfrutar de su compañía (porque era la persona que más me quería) y pensaba que podíamos retomar el tiempo perdido, un buen día, se marchó a trabajar y ya no volvió; simplemente había tenido un accidente y murió en la carretera. Tenía cincuenta y dos años. Estuve años enfadada con él porque me sentía abandonada y sola, sin ningún derecho a producirme tanto dolor. Todavía recuerdo el día de su funeral, cuando, agobiada por la gente que me increpaba que llorara porque mi madre estaba mal, salió de mi garganta un grito desgarrador llamándolo y me volví hacia el altar gritándole a Jesús que no creía en él, que no tenía ningún derecho para habérselo llevado y no sé cuántas barbaridades más dije en aquellos momentos. Mi padre se llamaba José. Había empezado a trabajar en su pueblo como carpintero, y también había muerto en un accidente como José, el padre de Jesús, y en los últimos años, le llamaban cariñosamente El Maestro, porque ocupaba el puesto de Jefe de Talleres de una importante fábrica y era un hombre muy querido por todos.

Teniendo a mi padre viajero, y cuando tenía quince años, surgió un amor, el primero, y el mejor. El hombre que mejor me ha tratado de todos con los que he estado, aunque hayan sido pocos. Se llamaba Jesús, y tenía diecisiete años. Fue el primer hombre de mi vida. Estuvimos juntos, aunque no lo recuerdo muy bien, casi dos años. Lo que Jesús hizo por mí, ningún hombre lo ha hecho. Eran verdaderas locuras, pero teníamos un problema, un grave problema, y era que mi madre, una mujer machista, autoritaria y celosa, me impedía, me prohibía que estuviera con Jesús. Sus razones eran simples: no le gustaba para mí, al igual que no le gusta

nadie en el mundo. Yo sé que aquello minó nuestra relación. El estar con constante miedo por mi parte y el tener que escondernos para que no nos vieran juntos a veces nos entristecía mucho, pero seguíamos adelante. El destino quiso que se rompiera aquella bonita historia y que yo me marchara fuera de Alicante a vivir. Mientras yo estaba fuera, Jesús conoció a otra chica y se tuvo que casar apresuradamente, y yo intenté olvidarle, pero hasta que no pasaron dos años desde nuestra ruptura no pude volver a tener otro novio.

Y pasó el tiempo, mucho tiempo, treinta y tres años. Como los años de Jesús cuando murió.

Al cabo de esos años nos volvemos a encontrar, y aquí estamos, mirándonos fijamente como si el mundo se hubiera parado, justo cuando Jesús tiene cincuenta y dos años. Nos alegramos, nos emocionamos y nos contamos nuestras vidas en esos años.

Tenemos dos hijos los dos, una hija la primera, y un hijo el segundo, llamados ambos David.

También me cuenta que ocupa el puesto de Jefe de Talleres de una importante empresa, después de haber sido un viajero incansable (igual que mi padre).

Y nos damos cuenta de que nuestra evolución personal ha sido paralela en muchos sentidos, de que nos gustan las mismas cosas, que hemos seguido en muchas cosas la misma dirección. Y nos volvemos a enamorar. Y nos entregamos el uno al otro a los treinta y tres días...

Y la historia se repite. Jesús ha vuelto, espero, esta vez, para quedarse conmigo. Y ahora Jesús es mi Maestro. Antes lo fue José.

Mi padre, José, se marchó a los cincuenta y dos años y la vida me ha devuelto el amor, mi amor, Jesús, a sus cincuenta y dos años (¿o ha sido mi padre quién me lo ha enviado?). Solo espero que esta vez la historia no se repita y lo pierda de igual manera a los cincuenta y dos años; aunque tengamos que seguir escondiéndonos para que no nos vean...

Y te echaré de menos...

Teresa Argilés

A mi madre

Corría octubre de 1925 cuando viniste al mundo, en una casa cercana a La Font de L'Arc, situada en el precioso valle entre Sella y Benimantell. Pronto viniste a vivir a la capital. En el barrio de Altozano tus padres pusieron una tienda y, gracias a ella, en los peores momentos de la posguerra no pasaste hambre y tampoco dejaste que tus amigos más queridos la pasaran, entre ellos el que fue tu marido, Antonio, y Lola, tu amiga del alma (que perdió a su padre en el bombardeo del 25 de mayo de 1938).

Desde muy joven aprendiste a convivir con lo que la vida te arrebatava. El fatídico 26 de julio 1938, un convoy militar se llevó por delante a tu padre y tuviste que salir adelante con tu madre y tus dos hermanos, Teresa Josefa y el pequeño Pepito.

Ese día la vida empezó arrebatarte seres queridos, pero también cuentan los momentos de alegría vividos. No se trata de contar nada trágico, pues todo ocurría con la mente clara y lúcida para llevarlo adelante, y hoy... ese azote mental, en el que entras, te hace que esa memoria, ya con telarañas, salga a flote, y te suma en la tristeza de ese hijo que perdiste con apenas cincuenta y un años, el 19 de febrero de 2007. Y que te parezca que fue ayer cuando en ese valle en el que naciste hubo que sacar a tu marido (mi padre) para morir a sus apenas cincuenta y ocho años... ¡Qué tristeza, cuando mejor podíais vivir!

Los echo tanto de menos...

Y cuando mejor podías vivir con tu madre y tus hijas, nuevamente golpe mortal, rápido, desde luego, pero igual de doloroso.

A nadie le pasa inadvertida la pérdida de un ser querido, pero si sumamos los que llevas te llevarías el oro, como si se tratara de dar trofeos en una olimpiada.

Dicen que perder a un hijo es doloroso, pero y ¿perder a dos? Pues que la vida te arrebate la hija con la que te

graduaste como madre, ¡qué duro! ¡Con ocho años recién cumplidos se durmió para siempre entre tus brazos!

Ahora tu memoria tiene todo esto reciente, como si fuera ayer, pero:

- ¿Qué has comido hoy?

Con qué cara me miras diciendo:

- ¿Qué he comido? ¡No me acuerdo! Déjame que piense...

Es sorprendente cómo recuerdas cada momento de las últimas veces que viste a tu hermana (hará unos cuarenta y ocho años) y todas las cosas amargas pasadas, pero, sobre todo, palpar ese cariño que tiene tu sobrino hacia ti, sabiendo que has tratado de ser la madre que perdió, marchándose un día para no volver. Y ahora no consigo que sepas poner la tele con el mando del TDT ¿Qué hacer con esas neuronas?

Los echo tanto de menos...

Ahora, cuando más necesitas de todos, tu cabeza no te deja ver las cosas como las vemos los demás; ya no existe la alegría para ti, no dejas ver ni un pequeño atisbo de sonrisa, todo son lamentos y deseos de estar entre los seres queridos que ya no están físicamente entre nosotros.

Si hay alguien “allá arriba” y no quiso que hicieras el viaje con ninguno de tus hijos, ni de tu marido, ni de tus padres, será, querida mamá, porque tú puedes alegrar la vida a tus hijos e hijas y a tus seres más queridos; que también nos merecemos que estés con nosotros y nos duele tu deseo de estar entre los ausentes.

Hoy, un día muy especial, yo ni te lo nombro, hace veintiocho años que PAPÁ (con mayúsculas) nos dejó. Bueno, a mí me dejó seis días antes en el aeropuerto para hacer mi primer viaje de vacaciones sin nadie que pudiera vigilarme... ¡Lo que son las cosas! El destino hace que el día caiga igual: sábado al hospital, domingo nos deja y lunes.... despedida por cientos de personas, ¡qué pequeña era la iglesia! o ¿había mucha gente? su gorra de plato del uniforme de gala de cabo de bomberos está guardada entre mis cosas.

-¿Qué más podría decir? Que organizamos tu sesenta cumpleaños diciendo: “Para una chica ya mayor que ha cumplido los 60”. Que la fiesta sorpresa, con tuna y todo, en tu setenta cumpleaños fue un tremendo alegrón para

ti. Que en tu ochenta cumpleaños nos gustó que nos invitaras a todos a comer y que cumplir los noventa estará más en tu deseo de que eso ocurra.

Podría pedirte perdón por lo que hago y crees que lo hago en tu contra, pero, maldito Alzheimer, es el que tiene la culpa de todo. Él no te deja ver mis desvelos y yo....¡lo odio! Odio que quiera apoderarse de ti y ese “alguien de allá arriba” debería darse cuenta de que se ha equivocado de persona.

Solo tenemos que aprender a convivir con tus malos momentos, los buenos...

Los echo tanto de menos...

Pero cuando no estés... ¡te echaré tanto de menos!

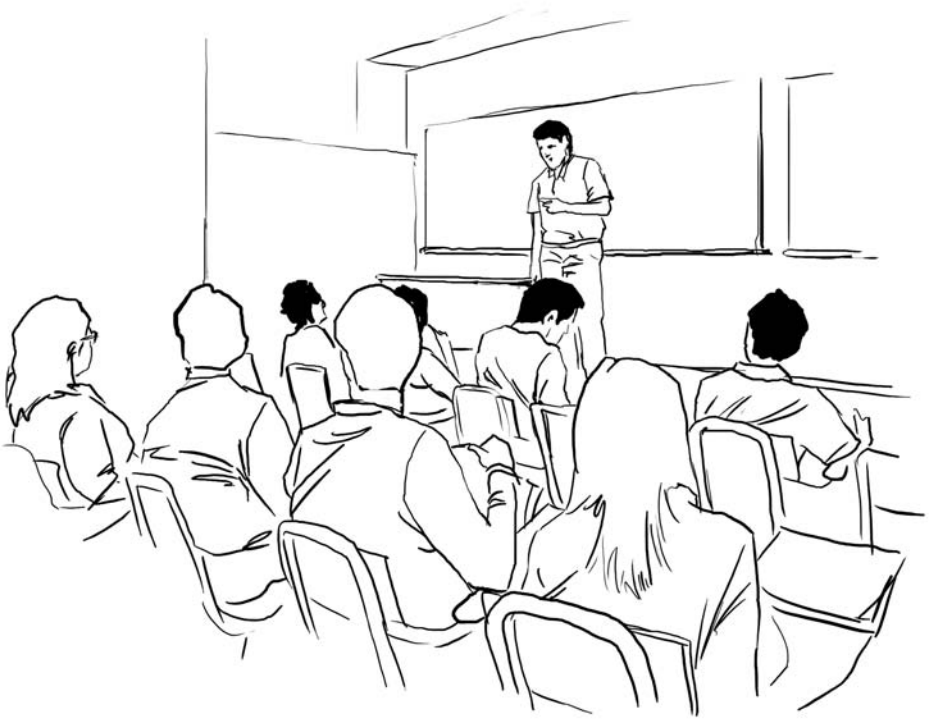


Ilustración: Raúl Rosell Garrido

Un maestro de escuela conflictivo

Manuel Avilés Gómez

La tarde es inclemente. No hay que mirar el calendario para saber que estamos en medio del caluroso julio. Un sol justiciero golpea con fuerza la carretera y hace surgir de forma perenne una neblina en el horizonte que emborrona el paisaje.

Me importa una mierda el paisaje. Además, me lo sé de memoria y no estoy en un viaje para disfrute del mismo: cuestras y más cuestras, curvas y más curvas, vegetación insípida de secano junto a la carretera, pitas, cactus inservibles, arbustos raquíuticos resistentes al calor y a la falta de agua, tierra caliza y yerma... y el mar inmenso a mi derecha, abrazado por una carretera que serpentea junto a él y se empeña en ignorarlo alargándose hasta no se sabe dónde. El mar... y las urbanizaciones que salpican sus orillas, una tras otra, ininterrumpidamente a lo largo de kilómetros y kilómetros. Casas inverosímiles en sitios donde jamás nadie imaginó que podría construirse. Nadie hasta que llegaron los artífices de esos pelotazos inmobiliarios que salen cada día en los periódicos y que forran de millones a sus avispados autores. Es una lástima que no me encuentre yo entre ellos porque con un pelotazo —uno pequeño, nada de miles de millones como esos que salen en los periódicos— no me encontraría en esta situación de emigración forzosa.

Mi coche —una mierda de coche también, como el paisaje— se asfixia en cada cuestra, se atraganta con el más pequeño desnivel y parece que quiera reventar y despanzurrarse cada vez que el terreno dice de empinarse un poco. Aparte de la edad —un inconveniente para todo, con achaques inevitables y multiplicados, que tapas una gotera y te sale otra u otras siete— la verdad es que he atiborrado al pobre vejstorio con una sobrecarga que no tiene nada que envidiar a la de los moros que atraviesan la península cada año cuando hacen la operación esa famosa del paso del estrecho. Hoy soy yo uno de esos moros. Llevo dos maletones de ropa, incluido uno con ropa de invierno.

Sudo la gota gorda —con la que está cayendo— sólo con pensar en ponerme los tres o cuatro jerseys de lana gorda que ahí se almacenan. Llevo una bolsa con dos trajes, algo raídos pero presentables, porque hay que estar decente para afrontar las entrevistas de trabajo que se me avecinan con seguridad, porque es un trabajo lo que me hace falta de manera inmediata si deseo salir a flote de esta precaria situación, sin recurrir a atracar viejas en la puerta de una sucursal bancaria. Eso sí que sería un puntazo y un trauma: pasar de honrado contribuyente, de maestro de escuela poco más que mileurista, a saqueador de ancianas desvalidas, y al trullo rápidamente porque con mi suerte y mi visión de futuro iban a tardar en pillarme menos de lo que tarda un cura loco en persignarse.

He tenido que frenar bruscamente para no comerme un obstáculo. Hay un coche pinchado nada más salir de una curva y con el frenazo se me ha venido encima, impactándome en medio del cogote, *La biblia de barro*, ese libro que habla de un niño contemporáneo del patriarca Abraham y al que supuestamente dictó el Génesis. Es una novela de intriga, con su veta histórica, muy bien escrita. Menos mal que compré una edición barata y de bolsillo. Si llego a comprar una de esas de tapas duras, de las de adornar librerías en el salón comedor, tengo que ir al hospital a que me curen del librazo en las cervicales.

Ya me lo decía mi mujer, cuando aún nos llevábamos bien y hablábamos algo más de lo absolutamente imprescindible: tú y tu puñetera manía de comprar y amontonar libros... un día vamos a tener una desgracia con tanto papel en casa, que parece esto una trapería más que una vivienda de gente normal. Como un día haya un incendio, ni tres batallones de bomberos van a poder salvarnos ¡Imbécil! ¡Qué manía tienen algunas mujeres —la mía en concreto es de esas— de insultar! Aunque si las reprendes siempre argumentan que no es un insulto sino una descripción.

Llevo una televisión pequeña, que renquea como el coche y se salta los canales sin orden ni concierto, y una minicadena de música que tampoco merece ese nombre. Dejémoslo en un aparato que alguna vez sirvió para oír la música sin pretensiones de fidelidad y hoy puede valer para oír las noticias que todas las emisoras dan a las horas en punto. Hasta una caja de cartón llevo, con cachivaches

varios y con una vajilla desmochada que más que vajilla es un muestrario, cada plato es de su padre y de su madre, y cada vaso de otro padre y otra madre distinta, como platos y vasos de orfanato o de piso patera, más que de casa de buena familia.

Llévate algo para rellenar una cocina, me he dicho a mi mismo está mañana cuando preparaba la impedimenta, que tendrás que comer en el sitio en el que vayas a dar con tus huesos y no vas en plan hotel ni en plan servicio completo. Vas cutremente porque tú te lo has buscado. ¿Querías libertad por aquello de que el buey suelto bien se lame? ¿Querías salir de la presión esa del “ahogar, dulce ahogar”? Pues ya disfrutas de la libertad soñada. Y sarna con gusto no tiene que picar, de modo que apechuga con las consecuencias de esa decisión. ¡Libre! ¡Soy libre y me he sacudido las ataduras que me aprisionaban! ¿Libre? Libre serás pero en menuda complicación te has metido —me digo una y otra vez—. Con lo fácil que es someterse, adocenarse, seguir la corriente, pensar lo que quieras pero sin exteriorizarlo... pero no, tú —me parece estar oyendo ahora mismo a mi mujer, que tampoco sé porqué la llamo mía si acabo de dejarla— tú tienes que estar siempre dando la nota, siempre siendo la voz discordante y... claro así no haces más que meterte en líos y buscarte problemas donde no los hay, que eres un tonto con toda la cuerda dada.

Es muy fácil decir eso de callarte y someterte y no dar un ruido cuando no eres tú la que tiene que aguantarlo. ¡Ya sabes tú, lista, que eres una lista!, que los toros se ven de puta madre desde la barrera pero si estás con el capote delante del morlaco, las cosas se ven de muy distinta forma. Esta quería tenerme con el pie en el pescuezo en la casa y que siguiera con el cuello pisado también en el trabajo y hasta aquí hemos llegado. Corto y que salga el sol por Antequera.

Parece mentira pero el desenlace —eso piensan todos menos yo que soy el protagonista, aunque me interesa que sigan despistados y sin saber por donde les da el aire— el desenlace, digo, ha llegado de la mano de la política aparentemente. Están todos al cabo de la calle y perfectamente informados. Este año con la normativa que el *Govern*, el *Consell*, la *Generalitat* o no sé quiénes se ha sacado de la manga, me ha tocado —en ese colegio

cutre y salchichero en el que han transcurrido mis últimos penosos años— dar Educación para la Ciudadanía con una traductora de inglés al lado. No podía ser Educación para la Ciudadanía, con lo bien que suena eso. Había que poner dificultades para dorarle la píldora a todo el gremio curil con el gran Rouco a la cabeza y había que cambiarle el título a la asignatura: *Education for Citizenship*, que eso de *citizen* me suena a mi a reloj japonés de cuando era yo joven, cojones.

A lo que vamos, que llega el padre Palomino, jefe de estudios del colegio en el que tuvieron a bien contratarme en precario hace años gracias a una tía segunda mía que era abadesa en las monjas clarisas, llega ese jefe de estudios, padre prefecto de los hermanos esclavos del copón de la baraja y me suelta: ¡Contreras! A usted que es de la misma cuerda que los apóstatas estos que han organizado el engendro de la Ciudadanía le vamos a encargar la educación en la laicidad de estos ciudadanos del futuro. Que usted seguro que lo hace perfectamente dentro de esa mentalidad anarquista con que Dios —dentro de sus inescrutables designios— lo ha dotado. Es difícil verlo, pero seguro que es usted una obra de Dios que tiene como misión que resplandezca el bien al verlo a usted tan malo.

Pasé del cura hasta el culo —veía yo una oportunidad, una coartada para dar el carpetazo como finalmente he hecho— y me dispuse a organizar la asignatura para inculcarles a los tiernos infantes que ponían a mi disposición un sano espíritu crítico, una mentalidad abierta y un respeto sin límites por todas las posturas y por todas las personas. Las dos o tres primeras clases transcurrieron sin novedad. Que si el hombre es un ser racional, que si es un animal político, que si está hecho para vivir en sociedad, que si no tiene sentido salvo en su vida de relación con los demás.... y todas esas mandangas que a los críos se la traen floja, que hacen que se pasen la hora jugando a los barquitos y tocándole los huevos al profesor. En fin, todo transcurría con normalidad, hasta que hace unos días se me ocurrió tocar el tema tabú por excelencia y les dije a los muchachos que íbamos a hablar del “hombre como ser religioso”. Pusieron cara de gilipollas —una cara bastante común, por otro lado, entre mis alumnos y seguramente también en su profesor que soy

yo— pero poco a poco la fueron cambiando por cara de estar interesados en el asunto. Me voy embalando poco a poco y les cuento que la religión, para Freud, es una neurosis de inseguridad y que el hombre inseguro se inventa un rollo y se consuela pensando que un ser superior lo quiere y lo protege. Y que todo eso son milongas inventadas porque a cambio de la protección y del cielo futuro, ese ser superior exige fidelidad a sus normas y ahí está el truco. Como no hay ningún dios que dicte normas, las normas se las inventan los hombres y eso es un instrumento de poder y de dominio cojonudo. Los listos dominan a los tontos con un personaje ficticio muy poderoso de por medio.

Yo ya veía a la urraca del inglés que un color se le iba y otro se le venía. Me imagino que no estaba traduciendo ni la mitad de lo que yo decía pero me importaba un huevo y parte del otro porque los chavales entendían perfectamente mi castellano. En esas, para desengrasar y que no se me aburrieran por la profundidad del mensaje, se me ocurre contarles una historia —que no sé dónde escuché— de un cura analfabeto que quiso traducir la Biblia entera a verso y empezó con el siguiente ripio: En Navidad y en Belén/ Jesús nació en un pesebre/ donde menos se espera/ salta la liebre.

La cacatúa soltó un grito estentóreo, talmente como si la estuvieran acuchillando el páncreas. ¡Hereje! ¡Inmoral! ¡Ateo! ¡Cernícalo! ¡Intrapendente! Y esta última palabra —que no sé qué significa— la dijo como encanándose, quedándose colgada de la última sílaba, casi sin respiración, que yo creí que le daba un telele del que no se iba a recuperar. Pero se recuperó para mi suerte o mi desgracia y corrió a chivarse al padre Palomino dándole cuenta, punto por punto, mi clase racionalista y volteriana. “¡Ese tipo es la encarnación del mal, es el mismísimo Belcebú hecho carne!”, le dijo a Palomino con toda la vehemencia que puede esperarse de una legionaria de cristo, por lo menos. Y claro el Palomino, íntimo de un inspector de trabajo calvo, barrigón, mala leche y que había sido guerrillero de Cristo Rey en sus años mozos, creyó que me podía joder hasta lo más profundo despidiéndome sin contemplaciones.

Era justo lo que esperaba y estaba deseando, un motivo para largarme, para esa libertad que me venía a la cabeza antes. Ya lo tengo. Me han tirado del curro. ¿Qué puedo

hacer sino convertirme en emigrante forzoso? Pero la causa es otra. La vida conyugal era un rollo. Ya saben todos que la pasión y el tiempo son realidades irreconciliables. El aburrimiento se había instalado, las caras agrias y la rutina. En fin, eso que todos sufren, de lo que hacen hasta bromas, de donde todos quieren salir y de donde muy pocos se atreven a hacerlo. La rutina está bien pero lo del otro día ya fue demasiado y hasta ahí podíamos llegar.

Nosotros teníamos —incluso en los momentos más distantes— una media apabullante haciendo el amor, o practicando el uso del matrimonio que es la denominación canónica del evento carnal. Nuestros ayuntamientos —de ajuntarse, de coyunda, no de casa consistorial— tenían lugar cada mes y medio o como mucho cada dos meses con precisión matemática o con puntualidad germánica, como más rabia les dé. Exactamente hace dieciséis días —dos días antes del enfrentamiento docenteteológico con la traductora del *Citizenship*— tuvimos el último contacto que fue el que desbordó el vaso. Estaba yo tranquilo viendo un programa sobre la emigración inglesa a los mares del sur cuando mi señora —todavía era mi señora aunque yo ya me andaba barruntando la huida por motivos laborales— me dijo: “Cariño, se ha puesto el día frío” —todos saben que hablar del tiempo tiene un alto contenido erótico— “¿por qué no nos vamos a la cama?”. “La verdad”, le dije, “es que para aburrirme lo mismo me da hacerlo en la cama que en el sofá”. Y acepté su propuesta. Los preámbulos fueron gloriosos: ella se quitó el pijama de franela y yo una camiseta vieja que uso para dormir porque está descolorida y tiene un boquete considerable a la altura de la axila izquierda —vulgarmente donde el sobaco—. Entramos en harina con las dificultades propias de la edad y del profundo conocimiento de ambos y, cuando creía que ya había superado el peligro de gatillazo, me espeta: “Chato, se me está ocurriendo una cosa ¿porqué no vamos mañana a arreglarle la tumba a mi madre, que está cerca el día de los santos y hace dos años que no vamos a verla?”. Benditos sean la Urraca del inglés, el Padre Palomino y el fascista inspector del buen hacer laboral.

¡Ayuda!

Alba Cristina Benesiu Pueyo

La niebla se disipa y aparece la imagen de una calle desierta y oscura. Solo se oye el ruido acelerado de los tacones de una chica golpeando el pavimento, que respira con tanta fuerza que parece que de un momento a otro se vaya a ahogar. El cabello se le pega a la cara por el sudor y tiene que apartárselo con la mano repetidas veces. Está aterrada; sabe que alguien la persigue.

Ella no lo ha visto, pero lo siente. Oye su respiración, que hace un momento quemaba su nuca, pero cuando se gira allí no hay nadie, como si el perseguidor fuese un fantasma que quisiera burlarse de ella. Luego lo oye reír. Por eso no piensa volver a detenerse para ver si está detrás; lo único en lo que piensa ahora es en correr.

Tropieza y cae en un charco, golpeándose la rodilla. Su cara se contrae en un gesto de dolor, pero enseguida se levanta cojeando, sin recoger el bolso del suelo, y sigue corriendo como si le fuera la vida en ello.

Se mete en un callejón y se raspa el brazo con una esquina. Chilla, pero aprieta los dientes y sigue corriendo. Está exhausta y tiritando. Si no encuentra pronto a alguien que la ayude...

Entonces se detiene, desalentada. ¡El callejón no tiene salida!

La chica traga saliva y se apoya contra la pared, envolviéndose en su largo abrigo negro y viendo cómo su aliento se condensa en pequeñas nubecillas blancas.

- ¡Socorro! —grita— ¡Que alguien me ayude!

Pero solo le responde el silencio y esa risa tan desagradable que la persigue desde que salió de su casa. No tenía que haberse ido, y mucho menos sabiendo que ella era la única heredera de la fortuna de su padre, detrás de la cual andaban miembros de su familia que no estaban muy contentos de la noticia y que habían llegado incluso a amenazarla. Desde entonces sentía pánico en todo momento; no podía salir a la calle, cerraba las cortinas, se asustaba cuando un reloj daba la hora... Y aquella tarde había decidido que no podía seguir así pero, cuando se

alejó unos metros de la puerta, se sintió observada. Pensó que eran imaginaciones suyas y siguió caminando. Sin embargo, la noche la había sorprendido y, cuando había querido darse cuenta, estaba más lejos de donde había pensado ir. En ese momento había sentido que alguien la estaba siguiendo, a pesar de no poder verlo, y había echado a correr.

- ¡Socorro! —grita con más fuerza.

Está muy asustada, y noto que mi respiración también se acelera. Tengo la boca seca y no puedo apartar los ojos del callejón. Se está acercando. Oigo sus pasos.

- ¡Que alguien me ayude! —ella vuelve a gritar y se queda en silencio, como esperando una respuesta. Pero solo oye su risa.

Se escuchan otra vez los pasos. Ella araña la pared con la esperanza de encontrar una salida. Luego la golpea una, dos, tres veces y cae al suelo con los puños sangrando. Está atrapada. Oculta su rostro entre las rodillas, sollozando, y, cuando vuelve a mirarme, dos surcos recorren su cara sucia.

No puedo quedarme quieta. Tengo que hacer algo. Busco rápidamente en mis bolsillos, encima de la mesa, debajo... Mientras, oigo al perseguidor, que se acerca a ella. Tengo el corazón en un puño, pero sigo buscando. Tengo que darme prisa.

- ¡Ayuda!

Entonces lo encuentro. Con la rapidez de un rayo cojo el mando a distancia, aprieto el botón y la escena de la mujer con los ojos desorbitados desaparece de la televisión.

- No volveré a ver esta película sola nunca más —me prometo a mí misma, intentando volver a respirar con normalidad.

Tarde de firma

Luis Beresaluze Galbis

Estaba convocado por la editora, la misma de estos Relatos, ECU, para firmar ejemplares de mi último libro, *Azorín y don José*. Día 7 de julio de 2008 a las ocho y media de la tarde, en la todavía Explanada de España, de nuestra ciudad. Sobre la mesa de la caseta de firmantes, ya estaba dispuesta una mesa con una reproducción ampliada como en un 300 % de nuestras portadas; la mía, a la derecha, la de Mariano Sánchez Soler, *Alacant blues*, en el centro y la de Pedro Llorente, al otro lado, *Vivencias*. Iba a ser, pues, una disposición a la firma tripartita.

En mi enfermiza obsesión por la puntualidad, llego bastante pronto. Tengo que irme a hacer tiempo a la terraza del Miami, donde me empiezo a tomar un granizado de limón que a la segunda chupadita al canuto de plástico abandono definitivamente, con un dolor de senos naso-frontales espantoso. Cogiéndome la cara como un poseso. Un gran sorbo de helado puede congelarte, apretado, medio cráneo.

Hacia las ocho y veinte me acerco, por segunda vez, al escenario de la esperada actuación cultural. Aún no ha venido nadie. Inesperadamente, antes de la verdadera hora de comienzo, ya tengo dos amables lectores que me presentan sendos libros a la firma. Han venido expresamente de Villena. Han tenido familiarmente mucho trato con la familia de Azorín y un libro sobre el maestro monovero les interesa vivamente. Les agradezco el esfuerzo y no me los como a besos, por discreción y respeto.

Se hace la hora. Y allí estoy yo, como único protagonista de los tres anunciados, detrás de las tres grandes pantallas, solo, absolutamente solo, como permaneceré hasta que, cansado de la situación y muy pasadas las nueve y media de la noche, me despida de mi amiga Sara, la única de la organización que medio se ha hecho cargo de mí junto a Chofi, titular de la librería El Catón, de Novelda, que oficia aquí, como bastante vinculada a ECU, tesorera que es, según creo, de la Asociación de Libreros que preside José Antonio y a la que, cuando me voy, no localizo por el recinto adjunto.

Me da tiempo a pensar en miles de cosas, en tanto que nadie viene a firmar nada. Ni los que tenían que hacerlo conmigo, ni el editor que debía recibírnos y departir con nosotros. Ni alma alguna con un libro en las manos. Recuerdo que una vez tuve un rifirrafe periodístico un poco fuerte con Sánchez Soler, ambos como columnistas de opinión, en el extinguido *El Periódico de Alicante* a propósito de nuestras muy diferentes estimaciones sobre el desfile de las Fuerzas Armadas, celebrado aquel año en nuestra ciudad. La mía era muy diferente al radicalismo izquierdista de la suya, saturada; me pareció a mí, en aquel entonces, de revanchismo perdedor. ¿Qué cara pondría este caballero al verme a su lado, a su derecha, precisamente? Y él a mi izquierda, correspondientemente, claro y en lo muy suyo. Es decir, además y para más inri, del lado de mi peor oído, de persona mayor, casi convertido ya en solo oreja. Un pabellón de vista, que apenas oye. Imagino que habríamos salvado la cosa con educación y quién sabe si al final, acabado como verdaderos amigos. Pero la situación, en principio, se me antojaba tensa. Y, en cierto modo, interesante. Un facha y un bolchevique, según las respectivas posibles sensibilidades, rozándose la piel.

Ni vino él, ni vino Pedro, ni vino José Antonio López Vizcaíno y yo, solo, hube de hacer todo el gasto, de abandono, soledad, calor y ninguna firma, luego de las dos iniciales, citadas, únicas y maravillosas, de tanto mérito. Porque se trataba de dos personas que habían tratado mucho, vecinos inmediatos, en Monóvar, a la familia de Azorín y porque al solo efecto de la firma, se habían desplazado expresamente desde Villena. No hubo cantidad en la firma. Calidad sí, y excepcional, porque la de estos dos libros concretos valía por centenares que hubiera podido llevar a cabo de las otras, de las convencionales y despersonalizadas. Un año más en que acudo a algo que, por lo menos, cuando yo voy, da muy poco de sí. No sé por culpa de quien; pero pasarte un par de horas firmando en el aire y mirando a las musarañas no tiene justificación cultural de ningún género. Y más oficiando de único dios, sin hijo ni espíritu, en aquella trinidad anunciada y rota. Un espanto ontológico... Aunque, bien mirado, la firma a las dos personas que venían desde Villena, puede y debe considerarse un lujo y compensar la atmósfera de fracaso del resto de la tenida, no realmente habida.

No pude saber en qué podría haber acabado un par de horas sentado junto a Mariano Sánchez Soler, de quien tantas cosas me separan, pero hay una que me une profundamente, el amor por la palabra y los libros. Con la que tanto queremos, por decirlo al modo hernandiano. Superior infinitamente a cualesquiera diferencia inferida desde el mundo absolutamente despreciable de los políticos, esa gente que solo está para que nos llevemos mal mientras ellos viven de nuestro dinero, exacerbando nuestras ingenuas adscripciones de buena fe y haciendo profesión, de por vida, del hecho de mentirnos impunemente. Unos y otros...

Fue imposible. La trinidad se centró en mi sola y única persona. Y si alguien quiso sacar alguna consecuencia del fallido trámite, no la alcanzaría de muy buena calidad. No se me da la Feria de Libro en Alicante. Y el caso es que me ilusiona... Pero cuando no es el padre de Sánchez Dragó es la madre que lo parió... ¡Qué le vamos a hacer!... Yo, por el libro, seguiré haciendo todo lo que sea posible. Ya solo falta que el libro, los libreros y el hado me correspondan...



Ilustración: David Simarro Martínez